J. C. Besaainz

La garantie du SUCCÈS

LIBROS PARA EL INFINITO

J. C. Besaainz

La garantie du SUCCÈS

LIBROS PARA EL INFINITO

LIBROS PARA EL
INFINITO

© Jesús Cabezón Sainz, 2025

© De esta edición:
Libros para el infinito – Autopublicar.es
Teléfono: (+34) 628 372 681
E-mail: info@autopublicar.es
www.autopublicar.es

ISBN: 900-00-00000-0-0
Depósito Legal: M-00.000-2025
Impreso en España

Fecha de edición:
Agosto 2025

© Diseño de portada:
Luis López Ruz

© Edición, diseño y maquetación:
Autopublicar.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista por ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación de esta obra, así como recibir retribución económica por ella, sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

autopublicar.es

A todos los que incondicionalmente
han estado a mi lado en esta novela
y a lo largo de mi vida...

Gracias.

**“El exito solo sonríe
a los que nunca se rinden.”**

- I -

—¿Qué me sucede, doctor? ¿Qué me ocurre?

—No lo sé, cariño. Deberías dejar que te viera con más tranquilidad, Mariom; en cualquier caso, esos síntomas no suelen ser normales.

—De acuerdo, doctor Monroe, pero ya sabe que ahora, con la situación en la que está William...

—Sí, Mariom, me hago cargo de ello, pero insisto: no debes dejarlo.

—Gracias de todas maneras, doctor Monroe.

* * *

—William, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Nada, Mariom, lo siento, no quería molestarte, simplemente quería preguntarte qué te ha dicho el doctor. Ya sabes que conmigo es poco franco y... ¡Me estoy muriendo, mi amor!

—Ya sabes que no me gusta que digas eso, William. Lo que tienes que hacer es seguir sus indicaciones y verás cómo no tardas en sentirte mejor.

—¡Santo Dios! Me he convertido en un perfecto inútil. Siempre en la dichosa cama, ni siquiera puedo ponerme en pie sin tu ayuda, Mariom.

Mariom mojaba en agua un viejo pañuelo que ponía sobre la frente de William para intentar calmar la fiebre que padecía. Cogió la sábana y se la subió hacia el pecho, y después las mantas, cómplices de William tanto tiempo.

—Dios mío, estoy tiritando de nuevo; tápame, mi amor, y deja que entren los rayos de sol, me hacen sentir bien. ¡Créeme, siento tanto esta situación, amor mío!

Mariom corrió la cortina y dejó pasar el sol.

—Prepararé agua caliente, enseguida vuelvo; debes descansar.

Mariom cerró la puerta y caminó hacia el comedor, donde se encontraba la chimenea. Sabía que William trataría de no molestarla: era un buen paciente.

El final estaba cerca, y tenía que llevar a cabo su penúltima idea antes de despedirse de William. ¿Cómo? Intentaría conseguir algún provecho de él, y qué mejor manera que convenciéndole de que escribiera algo para ella: una novela en la que contara su propia vida. Pero había un problema que Mariom no había pasado por alto.

Si la novela tenía éxito, ella se convertiría, entre otras cosas, en cómplice de su muerte. Aun así, lo tenía decidido: tenía que arriesgarlo todo. Total, ¿qué tenía que perder?

Tenía que atar todos los cabos antes de llevar a cabo su plan. William era quien debía escribir el libro que ella misma redactaría. ¿Y si pusiera algún inconveniente? Entonces tal vez sería el momento de adelantar su final. ¿Quién iba a saber nada? William apenas recibía alguna visita, excepto la de su hermano, el padre Simón, y eran tan intermitentes que, salvo el doctor Monroe y ella, nadie se acercaba a conocer el estado de su salud.

Parecía fácil... mejor dicho, no parecía difícil. Cruzó hacia la cocina de la casa y, mientras preparaba el agua caliente para el baño de William, puso también caldo para la cena, donde como siempre incluiría la "medicina" del doctor Monroe. Esa misma noche hablaría con él.

Mientras tanto, con las pocas fuerzas que le mantenían vivo, William en sus apuntes no dejaba de escribir para ella...

Peinada con rayo al lado,
sentada en los brazos del mar...
rompe a llorar
por algo olvidado y sin querer olvidar.

No llores más, sirena, susurraba el mar,
aunque valga la pena llorar
por algo olvidado
y sin querer olvidar.

...

Mariom, mi gran amor... preferiría un minuto a tu lado que una vida entera sin ti.

Te escribo este poema, amor mío, con todas las fuerzas de mi corazón. Como tantos otros que me han llevado a la plena felicidad a tu lado. Lástima que...

Sobre estas líneas que William repasaba habían caído lágrimas de amor, muchas de ellas borrando la tinta de infinidad de palabras.

—Dios santo, Mariom, tú haces que mi vida sea mejor y más bonita, aunque no te des cuenta.

* * *

Cayó la tarde rápido, dejando paso a la noche fría de invierno.

Una vez estuvo el agua caliente, la subió junto con el tazón de caldo que le había preparado. William dormía. Ella le despertó.

—William, despierta, te traigo algo caliente. ¡Despierta, repito!

—Hola, mi amor —susurró él, mientras se estremecía al intentar incorporarse—. Ummmm, un poco más... ya casi estoy.

—Deja que te ayude, no te conviene hacer esfuerzos. Tómate esto, te hará sentirte mejor.

Mariom removía el tazón mientras le daba de comer a William. Una vez terminado, sacó del viejo armario otra manta, la cual extendió sobre la cama. Se cogió de los hombros el vestido y se lo sacó por encima de la cabeza.

Completamente desnuda, mientras William la miraba, recordando que no hacía mucho tiempo había amado aquel maravilloso cuerpo, retiró una esquina de la cama, entró en ella junto a William y le abrazó con fuerza.

—William, tenemos que hablar...

—Dime, mi amor, ¿qué te ronda por la cabeza?

—He estado pensando y tengo algo que decirte que no...

—¿Lo dices de veras, Mariom?

Cada vez que William se refería a ella pronunciaba su nombre, Mariom, y añadía cualquier adjetivo que agrandara su belleza o el amor que le tenía.

Un romance apasionado, algo increíble, un amor que había existido desde siempre. Ese perfume que parecía llevar siempre olía al amor de su vida. Cada vez que ponía sus ojos sobre ella se preguntaba cómo era capaz de brillar de aquella forma. Sabía que, después de ella, no había nada.

Sin embargo, de Mariom no salió nunca una palabra afectiva: era fría como el témpano, apenas mostraba emociones. William la abrazaba mientras escuchaba lo que ella le decía.

Su pelo caía hasta la mitad de su espalda, un cabello burbujeante, enredado en sí mismo. Era la casa del sol y de la luna, donde ambos se guardaban cuando les llega-

ba la hora. Brillaba como las estrellas y, entre su color, se adivinaba el arco iris cuando la lluvia caía sobre él.

Sacó primero una mano, luego la otra, y agarró un dedito de su mano y, con la otra, la muñeca opuesta. Se sentía protegido; saltaba a la vista.

Puso sus labios detrás de una de sus orejas y escuchó su respiración. Sabía que daba muestras de fragilidad, pero no le importaba lo más mínimo.

—William, se me está pasando por la cabeza... ya sé que no es nada nuevo para ti. Tu salud no es nada buena, siento ser tan franca contigo, pero...

—Lo sé, mi amor, por eso...

—Espera, déjame terminar. Quiero que escribas algo para mí.

—Claro, Mariom, ¿Eso es lo que me intentabas decir? —sonrió.

—No, escúchame, por favor. Quiero que escribas una novela para mí. Sí, una novela. Tengo miedo de que tu situación se agrave...

—¡Por supuesto, mi amor!

Parecía que William le adivinaba los pensamientos y se los ponía en la boca. Tanto la quería que...

—¿Y cuál debe ser el tema, Mariom? Créeme, yo también noto que debemos darnos prisa. Mis días están contados, amor mío, cada vez estoy más débil.

—¡Yo no he dicho eso, William! No quiero volver a escucharlo nunca más, ¡por favor!

—En cuanto esté terminada puedes mandarla a Inglaterra. Deberás hablar con Oliver; tal vez, a través suyo, pueda contactar con Sir Laurence Bull. Si llegara el caso, podría ser una fuente de ingresos para ti, Mariom, cuando yo falte. ¿Es eso lo que te preocupa, Mariom? Mírame, por favor.

—William, quiero que escribas sobre mi vida. No soy quien ves, no soy quien crees que soy.

—¿Por qué dices eso, Mariom? No me preocupes, por favor.

—Creo que será mejor que empecemos mañana. Ahora duerme, por favor.

—Pero, mi amor, cuéntame...

—Ssshhh... silencio, William, duerme... Mañana.

—Como quieras, mi amor.

Volvió a abrazarla, con más fuerza aún si podía, mientras en la cabeza de Mariom rondaban los pasos que debía contarle a William... No cometería errores.